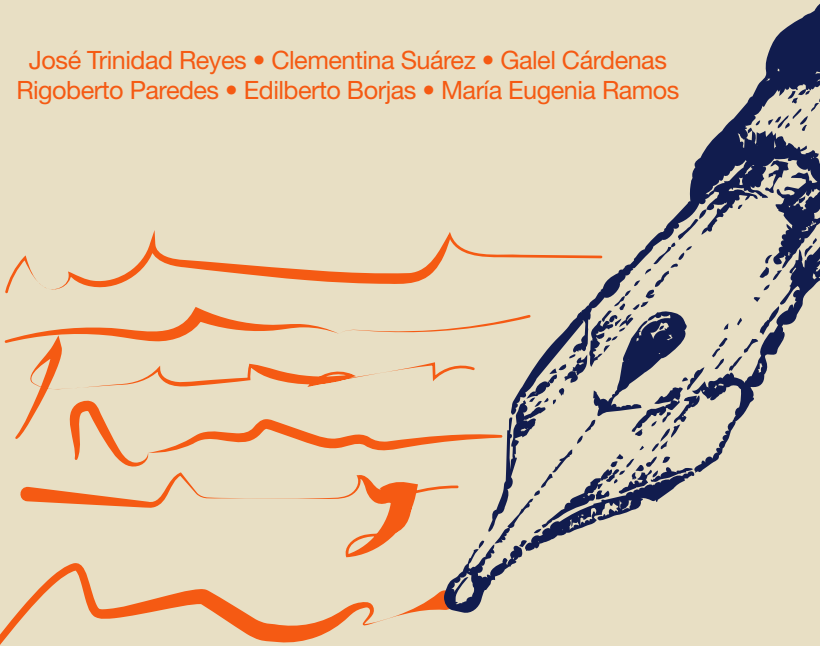
La tinta de la noche
Literatura sobre Francisco Morazán

José Trinidad Reyes • Clementina Suárez • Galel Cárdenas
Rigoberto Paredes • Edilberto Borjas • María Eugenia Ramos

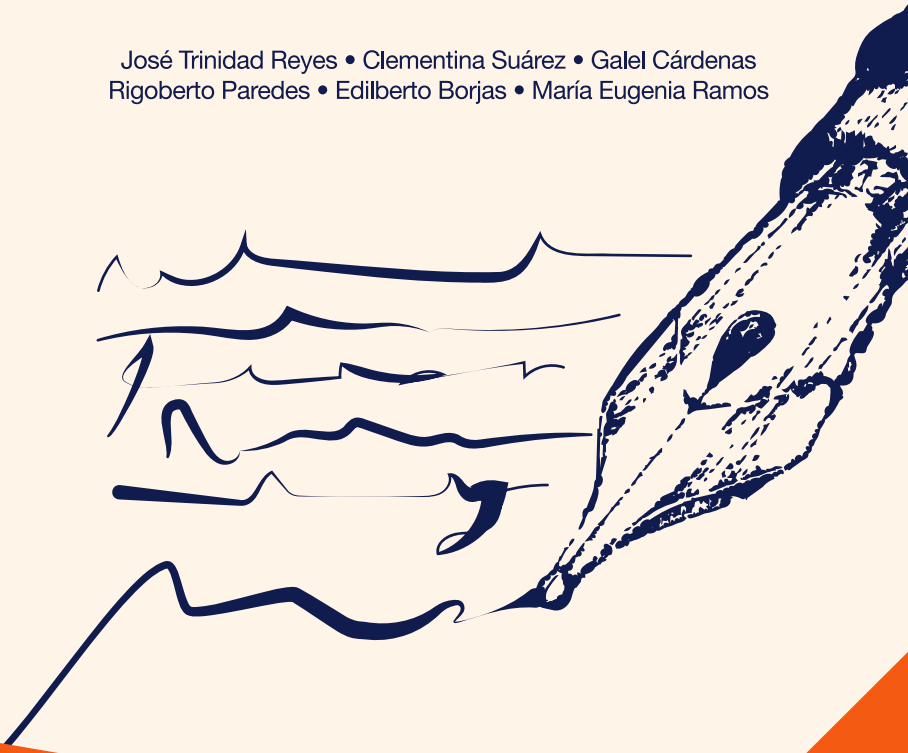


Editorial UNAH

La tinta de la noche
Literatura sobre Francisco Morazán

La tinta de la noche
Literatura sobre Francisco Morazán

José Trinidad Reyes • Clementina Suárez • Galel Cárdenas
Rigoberto Paredes • Edilberto Borjas • María Eugenia Ramos



UNAH
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE HONDURAS

ÍNDICE

Presentación
Karla Espinoza 9

La presencia del héroe en el discurso literario
Eva Castillo 11

Poesía 17

Al señor general don Francisco Morazán
José Trinidad Reyes 19

Canto a la encontrada patria y a su héroe
Clementina Suárez 21

Al héroe
Rigoberto Paredes 26

Pasado presente
Rigoberto Paredes 27

Narrativa 29

Una cierta nostalgia
María Eugenia Ramos 31

Tras las huellas del héroe
Edilberto Borjas 36
La espalda con un frío raro
Galel Cárdenas 41

PRESENTACIÓN

El Club de Lectura Palabra Iluminada ha tomado su nombre del poema homónimo de Antonio José Rivas, cuyos versos nos invitan a un espacio seguro, libre de respuestas incorrectas: un territorio donde es posible ejercer la libertad de pensamiento, degustar la literatura y adentrarse en la obra de nuestros autores hondureños. En esa vocación reside la esencia del Club.

Para esta segunda convocatoria, presentamos *La tinta de la noche: literatura sobre Francisco Morazán,* segunda antología temática surgida de este proyecto cultural. En esta nueva obra confluyen poesía y narrativa bajo un denominador común: la exaltación de la figura de Francisco Morazán, prócer cuya vida y legado han marcado de manera profunda el imaginario social hondureño consciente de su amor a la patria.

A través de la palabra escrita de José Trinidad Reyes, Clementina Suárez, Rigoberto Paredes, María Eugenia Ramos, Edilberto Borjas y Galel Cárdenas, la mayoría de estos textos potencian los entornos nocturnos o símbolos de oscuridad como elementos que acompañan las acciones de los personajes. La noche en su altura abre un velo a las evocaciones morazanistas, pero al final

siempre llega la luz. Y es que Morazán es, ante todo, una figura luminosa y también atemporal: en torno a su memoria se ha tejido —y se seguirá tejiendo— una producción literaria viva, que cada generación retoma para reinterpretar su significado.

Invitamos a cada lector a sumergirse en estas páginas y a descubrir que, así como Morazán trasciende su tiempo, es necesario que mediante el hábito de la lectura su pensamiento se conozca, se discuta y se multiplique.

Karla Espinoza

LA PRESENCIA DEL HÉROE EN EL DISCURSO LITERARIO

José Francisco Morazán Quesada[1] (1792-1842) es una de las figuras más recurrentes en la literatura hondureña. Tal vez sea porque acercarse a las obras literarias que lo evocan significa mucho más que volver sobre la vida de un personaje histórico: implica introducirnos en nuestra memoria colectiva. Significa enfrentarnos con nuestras propias preguntas y volver nuestra mirada hacia aquel sueño que, lejos de desaparecer con su muerte, ha mantenido una presencia viva en la literatura hondureña.

Son muchas las razones por las que se continúa escribiendo sobre Morazán; probablemente, su figura todavía tiene algo que decirnos desde la imaginación y la sensibilidad de nuestros escritores nacionales. Lo que nos queda claro es que Morazán no es una figura estática de la historia, es una construcción literaria que, en cada época, vuelve a interpretarse y no deja de interpelarnos sobre la Centroamérica que soñó y sobre aquella que, casi dos siglos después, nosotros seguimos intentando construir.

[1] ¿Quezada o Quesada? A pesar de que en algunos textos puede encontrarse el segundo apellido del prócer como Quezada, en esta antología se respeta su apellido (Quesada) según consta en su acta de nacimiento.

La tinta de la noche: literatura sobre Francisco Morazán es la segunda antología editada para el Club de Lectura Palabra Iluminada. En ella hemos decidido reunir distintas voces, épocas, géneros y visiones que toman como fuente de inspiración, de reflexión y de cuestionamiento a Francisco Morazán. Con esta segunda propuesta buscamos desafiar al lector a preguntarse qué tanto queda de los ideales morazánicos en nosotros. Reconocemos que el corpus antológico articulado deja por fuera incontable número de autores y obras de alta calidad estética y profundo análisis reflexivo presentes en la poesía y la narrativa morazánica. No obstante, las obras reunidas en *La tinta de la noche: literatura sobre Francisco Morazán* se asimilan como un legado documental tejido de representaciones poéticas y narrativas diversas y de difícil acceso al público.

En la sección de poesía, iniciamos con «Al señor general don Francisco Morazán», poema de 1852, enmarcado en el neoclasicismo y escrito por José Trinidad Reyes en honor de la muerte de Morazán con el fin de inmortalizar su nombre y reconocer su lucha a favor de la libertad de Centroamérica. Hemos decidido incorporar este poema en tanto que, además de representar el génesis de la literatura nacional, la figura del Padre Reyes como fundador de nuestra Alma Mater resulta invaluable y no podía omitirse.

Luego, en «Canto a la encontrada patria y a su héroe», publicado en 1958, Clementina Suárez rompe con la idea de la patria como un territorio externo. En el poema afirma: «si alguien te lleva por dentro / es quien camina en tu sangre» porque la patria se hereda, se siente y se experimenta. Para Suárez, Morazán no significa solamente volver al pasado, significa preguntarse qué permanece de aquel sueño y qué lugar ocupa todavía en la manera

de imaginar la patria. Sobre este poema, Helen Umaña refiere que: «Clementina establece una relación personal con este (Morazán), una consustanciación en donde los límites, que también incluyen a la patria, se desvanecen. La exultante integración patria-Morazán y yo poético es palpable en los versos».

Por su parte, Rigoberto Paredes se hace presente con dos poemas. En «Al héroe» desacraliza la figura del prócer, cuya memoria sobrevive en la sociedad como un decorativo que conserva su categoría de héroe, pero que ha perdido su carácter combativo y su capacidad de trasformar la realidad histórica: «da lástima verte a sol y agua / espada en mano / guerreando contra nadie…». Es así como el poeta le exige «bájate» convirtiendo este verso en una poderosa exigencia al héroe para que regresar a la batalla. En «Pasado presente», Paredes se vale de la frase testimonial de Morazán —«todavía estoy vivo»—, para recordar que los ideales morazánicos no murieron en 1842: su muerte fue física, pero nos recuerda que sus enemigos no lograron destruir su pensamiento.

En el apartado de narrativa, la imagen del héroe se ramifica hacia la intimidad psíquica, la tradición oral y la violencia de la lucha ideológica en tres piezas literarias seleccionadas. Esta colección literaria comienza con «Una cierta nostalgia», de María Eugenia Ramos, relato que nos ofrece una visión más humana de la figura de Morazán. Recurre a las sensaciones con un monólogo interior en el que un personaje sin nombre propio conecta su soledad con el dolor colectivo de la «tropa hambrienta y desamparada» que camina sobre su tumba. El protagonista se encuentra frente a una encrucijada final entre ser «solo un hombre» o «un hombre solo» al cual únicamente la búsqueda de los que preservan su memoria lo liberará de la oscuridad absoluta.

«Tras las huellas del héroe», enmarcado en la cuentística hondureña contemporánea de Edilberto Borjas, es un texto que hilvana la cotidianidad, lo maravilloso y lo mítico de una comunidad con el anhelo del futuro de los viejos. El cuento interpela y a la vez responde una interrogante, la cual es ¿qué ocurre con los pueblos cuando los héroes se van?:

«Los viejos se complacían en recordar los acontecimientos que desde que se fueron los muchachos, habían puesto un toque de nervio al tiempo cansado de la vida de todos los días. Uno de ellos era el rumor como de flauta de bambú que aparecía en la montaña por donde el sol despertaba: era la canción que les informaba de las acciones heroicas de los jóvenes al lado de Francisco Morazán». Para Borjas, el verdadero significado de ir tras el héroe consiste en mantener vivo su legado: el derecho de todos y todas a la educación.

Para finalizar, se incluye el cuento de Galel Cárdenas «La espalda con un frío raro», este inicia *in media res,* se vale de un registro lingüístico cargado de hondureñismos, oraciones extensas y repeticiones propias del discurso oral. El relato se concentra en el instante en que ocurre la explosión de una bomba. El protagonista, en su último soliloquio, además de contar sobre su formación ideológica y su admiración por el comandante, conecta el incidente con una serie de presagios que advertían de un trágico final. Es así como el «frío raro» de la espalda es posiblemente el presagio que recuerda al lector que seguir el ideal morazánico conlleva pérdidas, silencios y muchas veces el sacrificio anónimo de aquellos que buscan cambiar Honduras: «Viendo al país de otra manera, sin corrupción, sin injusticias, sin hambre y con la tierra repartida entre todos los que la trabajan y toda la esperanza del mundo resumida en mis suspiros por aquel sueño».

La tinta de la noche no es únicamente un tributo a Morazán con las voces poéticas y narrativas que lo han reescrito a lo largo de dos siglos. A la vez, busca traer a discusión sus angustias, la utopía de la libertad y la exaltación a la patria y sus valores. El ideal morazanista persiste en la imaginación de un pueblo, y su legado sobrepasa el elogio individual. La literatura devuelve la humanidad al prócer; depura y aterriza su sueño. Morazán hace una promesa que, como centroamericanos, se nos ha encargado cumplir.

Eva Castillo

POESÍA

AL SEÑOR GENERAL DON FRANCISCO MORAZÁN[2]

José Trinidad Reyes

Ilustre Morazán:
el pueblo que gemía
bajo el yugo tirano
del fementido i cruel liberticida.
Ha mudado su faz,
ya vive, ya reposa
ya es un pueblo feliz
que de los pueblos libres será guía.
Y á quién tanto favor?
Y á quien debe sus dichas
sinó a tí, que por él
tu reposo i tu vida sacrificas.
Rompiste las cadenas
que atado lo tenían,
y al majestuoso templo
de libertad sagrada lo encaminas.
A tanto beneficio

[2] En este poema, publicado en abril de 1852, se conserva la ortografía original. Únicamente se normaliza el uso de la mayúscula conforme a la ortografía vigente.

la patria agradecida
quiere manifestaros
que tu virtud i méritos estima.
Por eso a vuestras sienes
nuevamente dedica
los laureles de honor
que para los beneméritos destina.
Vive pues, largos años:
prolónguese tu vida,
para ser de la patria
el honor que la colme de alegría.
Sobre bruñidos bronces
vuestro nombre se escriba;
por que nunca se borre,
y en la memoria de los hombres vi.

CANTO A LA ENCONTRADA PATRIA Y A SU HÉROE

Clementina Suárez

No puedo llegar...
porque jamás me he ido.
Eres una patria construida
en lo interior.
Caminas dentro de mí
como un abierto río.
Vienes desde muy atrás
rebelde y vegetal,
todo en ti es nuevo y viejo
tierra para la infancia
y para inmortalizar el tiempo.

¡Cómo te reverdeces
con solo volver a verte
con los ojos de ayer y siempre!
¡Qué ternura me inunda
con cada hierbecilla tuya!
Desde ahí, te veo crecer
hasta el pino alto y rumoroso.

Desde ahí, nazco y me pueblo
con tu cálida sangre
que anima la esperanza.
¡Patria de aurora! ¡Patria de piedra!
No sé ni decirte la forma
en que te quiero.
Es casi un amor a ciegas,
pero con una memoria intacta.
Es como recordar tu barro
o mi vestido nuevo.
Es como jugar al sol
con las hebras de luz.
Como ser enero en tus venas
para aprender a quererte,
como tener seis años
para deletrear tu nombre.

Te quiero como cuando en la arena
besaba el amor primero.
¡Qué olor a tierra tenía
la boca que me besaba!
Eras tú misma, patria,
en su pasión desbordada.
¡Mejilla de carne tuya,
misterio del amor intacto;
la que en tu piel caminaba!
Vestida con carne tuya,
qué transparencia tenía
¡era como ver mi alma
en tus aguas reflejada!

Así se empieza la vida
con un horizonte en la mano.
Con una impetuosa corriente
que un mar jubiloso arrastra.
¡Avidez de un gran destino
que lúcido avanza por dentro!
Ilusión que jamás declina,
presencia que no se antepone,
verdad que se ha poseído,
dolor que se ha conquistado,
eso es para mí la patria.
Que si alguien te lleva por dentro
es quien camina en tu sangre,
quien adivina tu sombra,
quien asoma a tus abismos.
Quien ganada tiene tu imagen
y te libera hasta lo imposible
de un posible vasallaje.

Que por algo tienes tu héroe
trabajando sin olvido
y en todo aire exaltado.
Su mano no se adelgaza,
tampoco su existencia se acorta.
Que vivir pudo su muerte
por la verdad poseída,
y nace con ella a diario
con vida que no se destruye.
Así lanzada en el tiempo
con mi canción precursora,

Morazán desgarra mi frente
y su mensaje estampa en ella.
Me basta para saberlo
la voz que escucho por dentro.
Y si multiplicada voy toda
con su humana presencia.
¿Acaso no eres tú, torrencial patria
en mí, inexorablemente, desbordada?
Me intriga tu corazón
hermoseado en la historia.
¡Qué inexplorado mundo
en tu ilimitada pupila!
Hay que sobrevivirse
pero en la espina dorsal de tu cuerpo.
En tu fabulosa estructura,
habitante de mar y tierra.
Un pueblo de erguidos pinos
te sostiene la cabeza.

¡Capitán de antiguo coraje
que no sabes lo que es derrota!
En tu resplandor está la patria,
la patria de tus milagros.
Eras como la tierra
con impulso vital indestructible…
Esto es Morazán desde el aire,
desde donde lo veo extendido.
Esto es Morazán desde su espada,
desde su sangre,
desde su sueño sin prisa,

desde sus caminos, sus edificios.
Esto es Morazán desde sus pájaros,
esto es Morazán desde su patria.
Esto es Morazán desde la calle,
desde sus himnos y su victoria,
desde su cielo y desde sus rosas.
Esto es mi patria,
esto es mi limpio sueño,
esto es mi canto donde viven las palabras,
esto es mi piedra, mi sol, mi llanto.
Desde aquí vine y hacia acá voy,
la patria se apodera de todo.
Es hoy, es ayer, es el porvenir,
es donde se apoya el cuerpo,
donde se deja morir.
Es la redondez de la tierra,
es la madre, es el hijo,
es la lágrima, es la risa,
es el futuro que lo abarca todo.
Es el vientre promesa,
es la esperanza asomándose siempre,
es el nombre que no se olvida,
es el conmovido destino,
es la arquitectura del hombre,
es la patria.

AL HÉROE

Rigoberto Paredes

Para empezar
digamos que no luces tan bien en esa estatua
y da lástima verte a sol y agua
espada en mano
guerreando contra nadie
sitiado por la oscura maleza del vacío
tanta vuelta y revuelta
sudorosas distancias batalladas
todo el tiempo ganado en esos años
¿tan solo para el manso latido de este bronce?
la realidad
(tu más cierto homenaje)
sobrevive
debajo de las patas de tu potro fantástico
bájate
descabalga esas alturas
dale historia y quehaceres a tu espada.

PASADO PRESENTE

Excito a la juventud a continuar mi ejemplo.
Francisco Morazán

Rigoberto Paredes

Solo alcanzó a decir:
«todavía estoy vivo»,
y cayó,
haciéndose el muerto.
El pelotón y el cura se cruzaron
una sonrisa de alivio por el deber cumplido
y lo dejaron allí,
embrocado en su sangre, besando el polvo.
Esta vez hubo celebración
en las iglesias y casas de los ricos
(Charfield no podía disimular tanta alegría,
y entre abrazos y palabras alusivas al acto
se sobaba las manos
como si fueran dos fajos de billetes).
Entretanto,
Morazán se curaba las heridas,
reunía a su gente y a todos
los que creyeran que aún estaba vivo.

Preparaba nuevas batallas, escondido,
más necesario que nunca,
en algún lugar de Centroamérica.

NARRATIVA

UNA CIERTA NOSTALGIA[3]

A Ventura Ramos, mi padre,
con nostalgia
María Eugenia Ramos

Todo está oscuro. Todo. Creo que hasta la oscuridad que rodea a un ciego es menor que esta. Un ciego percibe los cambios de luz a través de los párpados cerrados. Yo no. Aquí lo negro es insondable. Un ciego siente la diferencia entre el día y la noche porque percibe el frío y el calor en su piel. Aquí solo hay una quietud, un vacío tan hondo que he perdido mis propios límites.

Al principio estiraba las manos y buscaba a mi alrededor. Pero pronto me convencí de que podía moverme, estirarme y aun caminar, pero siempre en el mismo sitio. Digo «pronto» por decir algo, pero en realidad el tiempo se ha detenido en el aire como una bola de cristal rota.

No sé cuánto tiempo hace que he perdido la nostalgia. Cuando aún la tenía, la gran ventaja de la oscuridad absoluta era que no necesitaba cerrar los ojos para devolver, no solo a mi memoria, sino también a mi cuerpo, las sensaciones de lo que fui.

[3] Este relato obtuvo el primer premio de cuento en el certamen literario Bicentenario de Francisco Morazán, de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras, en 1993.

Por instantes me atormenta la calidez de la piel de una mujer que me rodea con sus suaves piernas y me atrae hacia el centro de una vorágine roja como un incendio. Pero cuando estoy en la misma orilla del placer, el olor de la pólvora me sacude de pronto como un latigazo y tengo la sensación de una quemadura en el pecho, un agujero cuyos bordes se van agrandando cada vez más.

Fugazmente me asalta la idea del viento soplándome en la cara y de cierta humedad en el rostro. Por momentos me parece que el vacío toma la forma del casco de un barco. El viento sigue soplando en mi cara y escucho el rumor de las velas que se hinchan. Sí, puedo tocar mi rostro, llevarme el dedo a los labios y sentir el sabor de la sal. Solo que no podría asegurar si esta humedad es la del mar o es una lágrima.

Ahora, mis piernas se arquean para aprisionar una superficie dura y escucho el resollar de una bestia bajo mi cuerpo. Bajo mis manos se tensan sus músculos y el sudor apelmaza sus crines. La sangre cae espesa y roja, mojándome la pierna del pantalón. Un olor acre a sudor de caballos y de hombres flota a mi alrededor.

De pronto, un tintinear de vajilla fina, susurro de holanes, risas, las notas de un piano que bajan por una escalera de caracol. Luego, brillo de espuelas al ras de un piso de baldosas, pies femeninos que se asoman bajo las faldas. Caderas anchas, cinturas finas, escotes y cabellos sedosos que podría tocar, pero no intento hacerlo para que no vuelva la oscuridad.

Ahora escucho graves voces masculinas y percibo el engolamiento de sus frases, aunque no las entiendo. El leve rasgar de las plumas sobre el papel resuena en mis oídos como una tormenta. Escucho el metal hueco de las medallas que caen al suelo y tintinean con eco de monedas falsas.

De nuevo la oscuridad y el silencio. Creo que he perdido la capacidad de recordar. Ahora mismo estoy hablando de sensaciones, pero solo tengo palabras vacías que no despiertan en mí ninguna visión. No sé si es lo mejor. No siento dolor, no sufro de hambre, no me agobia el sueño. Tampoco percibo el paso del tiempo. Lo único que mantengo intacta es la capacidad de pensar, aunque, repito, no puedo asociar las ideas con sensaciones corporales.

Todo lo que digo es como si se refiriera a otra persona, a alguien que yo fui, tal vez, en otro tiempo. Ni siquiera puedo recordarme físicamente. Me gustaría saber si fui alto o bajo, grueso o delgado, blanco o indio. No me gustaría morirme sin tener la imagen de mí mismo, sin poder ver mis manos y escuchar mi voz.

Se me podría preguntar por qué, después de todo, creo que no estoy muerto. Es difícil responder, pero tengo la sensación, si puedo llamarla así, o más bien el reflejo, de que hay personas que me buscan. Y nadie busca a los muertos. Se les quiere, se les recuerda, pero no se les busca. Solo se busca a los vivos.

Me siento cansado, terriblemente cansado, como si mi cerebro se hubiese visto obligado todo el tiempo a pensar, a tomar decisiones difíciles. Seguramente hubo a mi alrededor muchas personas. Debo haber tenido mujer, hijos, amigos y también enemigos entre todos esos seres que pasan flotando sin rostro. Pero es todo tan incierto. Todo mi pasado, o todo yo, mejor dicho, se reduce a las palabras y a sombras que se alejan, cada vez más distantes. A veces me parece que estoy a punto de confundirme con la nada que me rodea. ¿O será que el agujero negro que me carcomía el pecho terminó por devorarme el corazón? Creo que lo que me da la seguridad de no estar muerto es el eco de una esperanza. He sabido que cuando a alguien le amputan una

mano conserva la facultad de sentir dolor o escozor en ella, como si la mano estuviera allí. De esta misma forma, seguramente, es que mantengo una sombra de esperanza, la de que aquellos que me buscan terminarán por encontrarme en la oscuridad.

De vez en cuando, fantasmas de sonidos atraviesan las tinieblas y pasan a mi lado. «Escucho», porque en realidad los sonidos pasan por mi lado sin fijarse en mi mente, palabras pronunciadas en alta voz, como si se tratara de discursos. Y me parece que se dirigen a ese ser que yo fui, aunque no podría decir en qué me fundamento para albergar esa creencia.

Tengo que confesar, sin embargo, que me estremezco como si estuviera a punto de recuperar la debilidad de mi carne y de mis huesos cuando percibo un rumor sobre mi cabeza, una ola lejana que crece hasta convertirse en una marejada. Si estuviera muerto, diría que decenas, centenares, miles, millones de pies descalzos están pasando sobre mi tumba. Ni siquiera novecientos cañones pueden pesar tanto como esta tropa hambrienta y desamparada. Casi quisiera estar muerto para que con el roce de sus pies horadaran la tierra y abrieran una hendidura por donde entrara el sol.

Pero no estoy muerto, y estas imágenes que flotan a mi alrededor son los fantasmas del pasado, empujándome hacia un mundo tan desconocido como anhelado para mí. No sé hacia dónde voy, pero solo se trata de volver atrás, de borrar los bordes del agujero que me perfora el pecho, de abrirme paso en las tinieblas y salir a flote, hacia la orilla lejana de los que me están buscando, de volver a ser yo mismo, solo un hombre

¿o un hombre solo?

Mientras llega ese momento, sigo recorriendo estas palabras, vacías, estériles, incapaces para hacerme vivir, pero suficientes para no dejarme morir en las tinieblas.

TRAS LAS HUELLAS DEL HÉROE

EDILBERTO BORJAS

Los viejos no podían olvidar el día en que el pueblo se quedó silencioso cuando se fueron los muchachos.

Esa tarde vieron entrar a un joven que se hacía llamar Francisco, sonaba un cuerno y ondeaba una extensa bandera, detrás de la cual se marcharon los adolescentes, dejando al pueblo quieto y callado como si de repente se hubiera hundido en la sordera.

Los viejos se complacían en recordar los acontecimientos que desde que se fueron los muchachos habían puesto un toque de nervio al tiempo cansado de la vida de todos los días. Uno de ellos era el rumor como de flauta de bambú que aparecía en la montaña por donde el sol despertaba: era la canción que les informaba de las acciones heroicas de los jóvenes al lado de Francisco Morazán.

Otro suceso que les sirvió para mucho tiempo de conversación fue aquel asunto de las cartas: los jóvenes que se habían ido del pueblo detrás de la esperanza, entusiasmados porque habían aprendido a leer y a escribir en los descansos de los combates, mandaron cartas que relataban con lujo de detalles la gloria del triunfo en la batalla de La Trinidad; cartas que no fueron abiertas

porque a los jóvenes se les olvidó que los viejos eran analfabetos, y como no recibieron contestación, no volvieron a escribir.

Una tarde, el cartero, José Segura, llegó al pueblo galopando en su viejo caballo color de viento; lanzó la bolsa del correo en el centro del parquecito y salió disparado a lanzar las otras bolsas a las gentes de otros pueblos. El bulto de mensajes quedó ahí, un rato, sobre el suelo, hasta que Carlota Reyes, quien había sido en otros tiempos niñera y maestra privada de unos niños de la ciudad, se sintió en la obligación de cumplir un deber cívico y recogió la bolsa de mensajes para luego repartirlos casa por casa.

Una semana después, volvió José Segura y dijo que tenían que devolver el saco de correo porque él se había equivocado y las cartas eran para otro pueblo y que si no lo hacían se meterían en líos porque, según las leyes del Estado, el correo era sagrado e inviolable. Lo dejaron hablar y nadie se movió, nadie dijo nada, y a José Segura, luego de todo un día de espera, le tocó irse otra vez en su viejo caballo color de viento. Esa noche las cartas fueron sacadas de los bolsillos, de los baúles, de los armarios, de los escondrijos secretos, y Coquita Reyes les leyó, en el centro del parquecito y a la luz de una fogata, los mensajes de las cartas: el de amor de una joven que escribía desde una ciudad lejana y fría, y la carta del hombre que hablaba de la cacería de lagartos y ballenas y el que escribía desde una cárcel extranjera solicitando una bendición y el favor de que no lo olvidaran; las cuatro letras de un viejo desesperado que pedía dinero desde una aldea del Caribe; la hoja que venía en un sobre blanco con ribetes de lujo sin destinatario ni remitente y que decía: «Dentro de seis meses y quince días, exactamente el 14 de febrero, llego a esa, única y exclusivamente para matarlo».

Pero el acontecimiento mayor sucedió por los alrededores del mes de diciembre, cuando una mañana de lluvia y viento

llegó por el camino que bordeaba al pueblo Visitación Cerrato; la muchacha marchaba despacio y el agua dibujaba las formas de su cuerpo bajo el vestido floreado. A la misma hora, por el otro extremo del pueblo, apareció un niño como de unos diez años que alzaba, como un barrilete, un caballito de San Juan prendido con un hilo de tela de araña.

Visitación había vuelto al pueblo a parir. En un distante puerto de la costa norte creyó en un marinero que prometió llevarla a viajar por todo el mundo, y, después de cinco noches en que fue su mujer, el marinero se marchó sin decirle siquiera una palabra de despedida. Lo esperó durante dos meses hasta que un día le dijeron que el barco donde iba su hombre había naufragado en el océano Índico. Ella regresó a su cuarto de pensión y se echó temblorosa sobre el camastro. Lloró toda la noche, y cuando pensaba en el océano Índico no se lo podía imaginar por lo lejos que quedaba. Además, no entendía lo de tan diversos nombres para el mar; para ella el mar era uno solo, un solo océano que daba vueltas y revueltas por todas las playas del mundo y en una de cuyas esquinas se había hundido el hombre que le había hecho un hijo.

El niño puso el caballito de San Juan en la palma de su mano y dijo que se llamaba Valentín de Jesús Palma, que había perdido a sus padres y el lugar donde estaba el pueblo de su nacimiento; que hacía mucho tiempo que estaba caminando y que se iba a quedar unos días ahí porque estaba interesado en esperar la llegada de la libélula más grande del mundo, que vendría del lado de las montañas de Tegucigalpa y que era como un caballito de San Juan con alas enormes.

Los viejos lo miraron entre el estupor y el afecto, y le dijeron que podía quedarse todo el tiempo que quisiera. Valentín comía

y dormía ora en una casa, ora en otra, hasta que decidió construir su propia vivienda. Todos los viejos le ayudaron, y al cabo de una semana de trabajo terminaron una casa pequeña, con paredes de vara y techo de palma. Valentín empezó a llenar su morada con ronrones, grillos, mariposas, chicharras y luciérnagas.

Visitación dio a luz una niña a quien puso el nombre de Juana María Cerrato. Juana María, porque así se llamaba la abuela, y Cerrato por el apellido de la madre, porque el apellido del padre jamás lo supo Visitación, y una vez que lo oyó pronunciar le pareció que sonaba a algo así como canción. El nombre del padre de su criatura era algo así como André Canción.

Los viejos se alegraron mucho con el nacimiento de la niña y sintieron que la vida tierna empezaba otra vez a soplar sus aires sobre el pueblo.

La pareja de niños concentró la atención de todos y los viejos decidieron de común acuerdo que nadie se moriría hasta que vieran criada a la pareja de muchachos.

Juana María y Valentín crecieron y aprendieron de los viejos a hablar con los animales, a labrar y a hacerle cosquillas a la tierra, a soñar con los muertos, a cocinar guazalos y garrobos, a conocer la planta que cura y la planta que mata, a cocinar sopa de mondongo, a seguir el rumbo de las estrellas, a leer el pensamiento y a cabalgar. A cantar y bailar no tuvieron necesidad de aprender porque habían nacido sabiéndolo.

Cuando Juana María cumplió los quince años, los viejos prepararon su boda con Valentín de Jesús. Se reunieron en la plaza y trajeron las flautas de bambú, las marimbas y los tambores y empezaron a tocar la música de la fiesta. Corrió la chicha, el ron de caña y la alegría con patitas de animal contento, y cuando se hizo presente la pareja, ella con un vestido blanco y ribetes

rojos y él con un pantalón azulón y camisa blanca de manta, los viejos gritaron con entusiasmo y condujeron a los jóvenes frente a Feliciano Borjas, el más viejo de todos los viejos, quien abrió con esfuerzo sus párpados y desde el fondo de sus ojos grises los vislumbró a través de las lágrimas del contento, sacando desde el fondo de su vientre una voz delgadita como de niño, y los declaró marido y mujer para toda la vida.

Valentín condujo a Juana María a su casa después del baile y se encerraron en la alcoba adornada con ramitas de hierbas y flores olorosas a agua de rosas.

Los viejos siguieron con la fiesta hasta la media noche y poco a poco se fueron retirando hacia sus casas. El cielo se estrelló con el vuelo fosforescente de los rebaños de insectos de Valentín.

En la madrugada, los viejos empezaron a morir dulcemente en las hamacas de los grandes corredores de las casas, y cuando Feliciano Borjas, quien fue el último en morir con las primeras luces del día, derramó la vista hacia la montaña del norte, vio que entre los brazos finos del sol surgía una enorme libélula dorada y detrás de ella un ejército de muchachos que en vez de espadas traían libros en sus manos y con voces de campanas recién estrenadas gritaban:

¡Viva Francisco Morazán! ¡Viva la educación popular!

LA ESPALDA CON UN FRÍO RARO

Galel Cárdenas

—¿Qué pasó, compa?

—No joda, nos estalló esa babosada en la mano cuando llegábamos al edificio, por eso le decía yo que no deseaba venir, recuerde que le dije que había oído cantar la guardabarranco y que mi abuela decía que cuando cantaba el pájaro ese, alguien de la familia iba a morir, compa, si ya íbamos llegando a los portones negros, ya estábamos frente al hierro negro que se levanta frente a la calle, cuando se atravesó un hoyo del pavimento, le repito compa, se nos atravesó, es cosa del destino, porque no había bache allí, el sábado que pasamos no había bache, qué cagada compa, y lo peor es que fue en el mismo momento en que pasaba una muchacha de vestido rojo junto a nosotros, verdad que le decía que no, que si nos sucedía algo mi familia quedaría desamparada, sin casa, compita, no ve que en esa oficina donde trabajo pagan muy mal y con esos sueldos quién va a construir, quién, pucha, por seguirlo a usted mi comandante, como le decía en mis sueños cuando miraba la revolución gigantesca frente a la estatua de Morazán, mi comandante, compa, y yo orgulloso de usted viéndolo dirigirse al pueblo con su boina y su fusil al hombro,

con su desparpajo y sus gestos de la mano midiendo el futuro, el mañana y sus ojos brillando sobre las cabezas de los abanderados en la plaza, como en la tele y yo abajo en el lugar de la admiración siguiéndole con un amor especial, el que usted me enseñó a descubrir, orgulloso con mi traje verde olivo y mi boina negra con su estrellita roja, de la mano de mis hijas, la Niki y la Wendy, ellas con sus boinitas y sus pañolones rojinegros, hasta con mi mujer que no entiende estas vainas, si supiera cuántas veces me reclamó por llegar tarde, que de dónde venís gran cabrón, de sinvergüenzadas venís y entonces me olía y revisaba las camisas y yo, que vengo de trabajar horas extras y yo de donde venía era de sesiones clandestinas con usted, cómo lo seguí, que la lucha de contrarios, que las clases dominantes y aquel borbollón que usted explicaba tan bonito, tan claro que entonces en sus propias explicaciones me dormía soñando despierto, viendo al país de otra manera, sin corrupción, sin injusticias, sin hambre y con la tierra repartida entre todos los que la trabajan y toda la esperanza del mundo resumida en mis suspiros por aquel sueño, le aseguro que fue pura mala suerte, que ese bache no estaba allí, por Dios que lo pusieron esos gringos jodidos pues ya se la olían, ellos fueron, claro, con la pasadera que teníamos desde el sábado por la mañana debieron sospechar, a no ser que los del sindicato de acueductos hayan abierto el hueco ese, el domingo por la tarde, pero no, fíjese cómo veníamos, usted sereno y yo nervioso que hasta casi nos damos vuelta en la entrada a la avenida donde está ese tal Benito Juárez que usted admira tanto por la frase del respeto ajeno y de la paz que usted aplicaba a esa doctrina que llamaba de la autodeterminación de los pueblos y se soltaba el rollo de la revolución, cómo se me aluceraban los ojos, ah mi compa

carajo, porque usted era mi doble compa, recuerdo que me llevó a su casa un domingo y yo con la familia y usted que le da al carro con rumbo a la basílica y que me dice «compa sáqueme el niño» y que lo bautiza allí nomás y yo de padrino sorprendido, admirándolo por su sencillez y espontaneidad, cómo no lo iba a seguir hasta la muerte y aunque me culipandeara usted me miraba duramente para luego repetirme la frase de Morazán referida a los hombres forzados y las batallas ganadas y entonces yo volvía a pensar otra vez en la patria y ya el amor por este país me volvía a flor de piel, y nada le superaba, nada, y así, si un paso dábamos en la vuelta de la esquina, era un paso amoroso, templado, profundo, y usted compita pasándome libros para leer, folletos y documentos para discutir y yo trácata con la dificultad para entender algunas palabras y usted que me regala un diccionario pasta verde, recuerde cuando me corrigió en las primeras reuniones de célula, no se dice *leendo*, si no *leyendo*, camarada, y yo claro, qué bruto soy, si no sé ni hablar, qué barbaridad, y así nos tiramos un año completo con sus autores clásicos como usted los llamaba, esos que estaban allá en el librero de la sala y entonces me obligaba a leer aquellos semejantes animalotes, ¿se acuerda cuando me prestó *Así se forjó el acero*?, creo que así se llamaba, cómo devoré el libro, ¿y cuando me prestó *La madre*? Ay, compita, usted era lo máximo para mí, pero volviendo a lo nuestro, esta babosada nos estalló en la mano cuando íbamos con la moto capeando el bache que se nos atravesó frente al edificio de portones negros, la motocicleta cayó en el hueco y la llanta delantera saltó hacia arriba y se meció fuerte, recuerde que yo traía la bolsa donde venía esa cosa que usted me dijo que la tratara con cuidado, compita cómo iba a saber del bache si la lluvia había tapado el agujero, todo estaba

parejo, aunque usted como que presintió casi en el momento mismo en que vio el agua retenida, medio brequeó, entre el color negro del pavimento y el agua lodosa, allí se le levantó la sospecha con el primer reguero de que veníamos hablando sobre las medidas de seguridad, agua que mojó la acera de enfrente, fue cuando que primero pasaríamos una vez un poquito cerca del objetivo y que después haríamos el chequeo y contrachequeo, luego vendríamos de vuelta revisando finalmente todos los detalles del operativo, qué cagada compa y yo anoche ni dormí, le dí vueltas a la cabeza, pensé en que podíamos morir, tal vez me ronroneaba el presentimiento aquí en el pecho, entonces volví los ojos en la oscuridad para ver a mi vieja que arropadita dormía sin sospechar siquiera mi desvelo y preocupación, le hablo francamente que se me humedecieron los ojos, ya ni recuerdo si me levanté a cubrir a mis hijas, o a darles un beso más suave que el silencio, todo pasó como un viento por la cabeza, desde la infancia hasta el último día que dormí en la casa, la madrugada llegó con un canto de gallo lejano, me levanté a leer un poco y a repasar el operativo, le juro compa que desde hace días andaba con un vacío en la boca del estómago, era el miedo, sí, miedo a que sucediera algo malo, que fallaran nuestros planes, que otros murieran, en fin, digo que en esos días viví la intensidad de la espera, una espera que amarga la boca y le come la espalda con un frío raro, mi mujer como nunca se levanta temprano ni cuenta se dio que tomé café, me bañé y me fui al trabajo, al salir a la calle vi la luz del sol tempranero de color más intenso, las cosas tenían no sé qué en los patios delanteros, en el bus la gente no conversó igual que siempre, el cobrador del bus andaba desolado, los rostros de los pasajeros no volvieron entre sí a saludarse, en la oficina todo

mundo trabajó como alejado de los ruidos callejeros, no sé cómo fui a la caseta a pedir mi almuerzo sin voluntad y el pensamiento repique y repique solitario con el operativo este, y dale con el repaso y los detalles, que la calle, que el portón, que los chafas, que la estatua, en fin compa, yo se lo decía, el guardabarranco cantó compa, y usted no me hizo caso, ya ve, a los gringos esos ni cosquillas les hicimos, después cuando la llanta de adelante cogió para arriba, perdimos el equilibrio, ambos nos fuimos de lado y empezamos a caer fuera del bache y del charco, yo apreté la bolsa en mi mano derecha para protegerme con la mano izquierda en el momento que caía, la joven venía sobre la acera, en la mera orilla, precisamente por donde terminamos cayendo, en el momento en que nos golpeamos el cuerpo y el casco, se me soltó la bolsa, todo lo tengo clarito compa, por eso usted me dijo «qué pasó, compa», en el mismo instante estalló la bolsa, y como ya habíamos caído, el estallido nos voló, sí, nos voló juntos a la muchacha vestida de rojo que nos vio caer, usted voló sin piernas y sin un brazo, lo vi, le juro que lo vi compa, yo no sé como volé yo, y ni siquiera imagino, pero sí recuerdo que la muchacha saltó, sin que nadie la empujara, con el rostro deshecho, contra el portón negro, después solo oí el zumbido que se fue apagando, todo se fue borrando, la acera, el portón, la calle, la patria, sobre todo, usted, compita...

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE HONDURAS

Rector: Odir Aarón Fernández Flores.

Vicerrectora académica: Lourdes Rosario Murcia Carbajal.

CLUB DE LECTURA PALABRA ILUMINADA

Coordinadora de la publicación: Karla Espinoza.

Equipo editorial: Eva Castillo, Wendy Cálix, Suny Arrazola, José Mejía Sú y Miguel Acosta.

EDITORIAL UNIVERSITARIA

Director: Carlos Ordóñez. *Editora jefa:* Dilia Martínez. *Corrección de estilo*: César Gómez. *Diseño de portada y diagramación:* Arnold Mejía. Primera edición, noviembre de 2026. Ciudad Universitaria, Tegucigalpa, Honduras, Centroamérica. Teléfono: (504) 2216-5100 | ext. 100351 | editorial.univ@unah.edu.hn

e-ISBN: 978-99979-75-86-7

Esta publicación es una edición realizada sin fines de lucro. Se autoriza la reproducción total o parcial de esta obra con fines académicos, educativos o de divulgación, siempre que se cite la fuente y no se realicen modificaciones al texto original. Queda prohibida su reproducción con fines comerciales o sin el debido reconocimiento a la fuente.

Editorial UNAH

Son muchas las razones por las que se continúa escribiendo sobre Morazán; probablemente, su figura todavía tiene algo que decirnos desde la imaginación y la sensibilidad de nuestros escritores nacionales. Lo que nos queda claro es que Morazán no es una figura estática de la historia, es una construcción literaria que, en cada época, vuelve a interpretarse y no deja de interpelarnos sobre la Centroamérica que soñó y sobre aquella que, casi dos siglos después, nosotros seguimos intentando construir. *La tinta de la noche: literatura sobre Francisco Morazán* es la segunda antología editada para el Club de Lectura Palabra Iluminada. En ella hemos decidido reunir distintas voces, épocas, géneros y visiones que toman como fuente de inspiración, de reflexión y de cuestionamiento a Francisco Morazán. Con esta segunda propuesta buscamos desafiar al lector a preguntarse qué tanto queda de los ideales morazánicos en nosotros.

Eva Castillo

RUMECU Palabra Iluminada 2

www.editorial.unah.edu.hn

Facultad de Humanidades y Artes
Departamento de Letras

Red Universitaria
de Mediación Lectora
y Cultura Escrita

VRA
Vicerrectoría
Académica

UNAH
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE HONDURAS